

Como no pude resistir aquella seducción, cogí a Casandra de las manos, ansioso de sentir el calor de su intimidad. Nada expresó. Presumo que deseaba ser consentida, mimada por un hombre mayor. La miraba embobado, aturdido por la belleza mestiza, donde se han cruzado generaciones de inmigrantes, venidos de lejanas tierras.

Miré la taza de café. La tentación de beber se emparentaba con la idea de disfrutar el instante de gloria, de saber que Casandra permanecía junto a mí. ¿Por cuánto tiempo? Quise besar sus manos de hechicera del tiempo, sin embargo, me contuve.

Hallarse junto a mí, constituía el deleite del sediento de amor. El sueño de quien anhela rejuvenecer. Al finalizar su café, bebido con lentitud, miró la hora en su reloj pulsera e hizo un ademán de quien debe cumplir un compromiso.

—¡Cómo ha volado el tiempo en su compañía, Agamenón! Gracias. En otra oportunidad, seré yo quien lo invite.

Al sonreír me obsequiaba esa mirada de adiós, la cual no deseamos observar, porque la ausencia hiera. Quise retenerla, hablarle de nuestro futuro, sin embargo, el tiempo expresaba el lenguaje de la partida. La vi alejarse llevada por la prontitud y me sentí acompañado de la tristeza.

A menudo en las cercanías del café divisó a Casandra,

mientras arrastra su indigencia y pide limosna.

—Alondra, niña traviesa, has leído una de mis historias secretas y no te lo puedo perdonar y debería regañarte —y ambos reían como adolescentes.

—Javier, ¿por qué figuras en ella, como Agamenón y no con tu verdadero nombre? ¿O se trata de una invención?

—Es largo de explicar, niña curiosa, aunque la noche nos invita a compartir nuestros secretos. Esa historia es verdadera, querida Alondra. Me permití introducir en el texto, algunos elementos de ficción, para no ser descubierto. ¿De acuerdo? Hubo un tiempo que también escribí poesía, pero desconozco donde andan esos trabajos. Como ves, una infinidad de faenas, desparramadas por ahí.

—Cada palabra tuya es una sorpresa.

—Quizá quiera olvidarlos y bien podría alegrarme que se hayan perdido. No lo sé. Compuse ese relato hace tiempo, cuando las visitas de mi familia empezaban a espaciarse y la soledad entraba por la puerta ancha de mi vida. Escribir, a mi entender, es una buena fórmula destinada a ahuyentar los fantasmas.

—Javier, siempre hay instantes de zozobra en nuestra

existencia y deseos de expresar los sucesos.

—Así es. Urgía recuperar ese hecho que me marcó, cuando empezaba a cuestionar mi permanencia en el hogar y surge el deseo de alejarse de ese mundo. Había que rescatar aquella historia, plasmada de simbolismos. ¿De acuerdo? Quise en un momento destruir el cuaderno y quemar esa parte de mi existencia.

—Has obrado bien en mantener vivo este relato y lo valoro.

—¿Sabes? Sentía pudor figurar como Javier Alcántara y al amparo de esta idea, surgió Agamenón. ¿Satisfecha?

Día tras día, Alondra encontraba nuevas facetas e inquietudes artísticas en la vida de su protector, lo cual la inducía a repensar su actitud hacia él. Amarlo, quizá no era la palabra adecuada, para definir esa relación que a diario se tejía entre ellos, sino a sentir admiración por él. Alumna de ese profesor desterrado por su propia voluntad.

¿Y si Javier la invitaba a compartir su cama? Cada noche pensaba en ello, y cada noche elaboraba un pensamiento distinto. Por instantes, sentía la necesidad del cobijo del amor embrujado, unido a la carnalidad. Dominada por la pasión horizontal, vinculada a la geometría del deseo se debatía en fugas, tras caminos desconocidos. ¿La animaba la gratitud o se trataba de un antojo?

¿Correspondía desentrañar su cerrado mundo, cerrado a veces, porque él mostraba pudor en relación a ciertos períodos de su vida? En tal caso, para Javier, abrir los enigmas de esa criatura, constituía un desafío. No una labor de aprendiz, de quien conoce el olor del deleite, a veces en fuga o escondido en el zaquizamí. Cada tonalidad de la piel, los meandros del amor, en el río Imperial, donde Alondra se ahogaba.

Le rondaba el deseo de insinuarse, bordear las cercanías y jugar a las simulaciones. ¿Provocarlo acaso? ¿Cuál tipo de relación debería existir entre ellos? A veces, cuando él la miraba, sentía calor en sus entrañas, el fuego sagrado que se enciende para iluminar el eclipse de luna.

En las noches, después de la cena, la pareja se dedicaba a la lectura, a beber mate, a comer piñones asados y hablar de asuntos domésticos. Cuando la jornada parecía concluir, porque se agotaban los temas y la noche apuraba el sueño, Javier le pedía que interpretara alguna canción.

Alondra accedía, mientras se le iluminaba el rostro y su voz de ondina, tendía un manto de miel sobre la noche. Agazapada noche, jamás dedicada a dormir. ¿Acaso se puede aspirar a más en medio de aquella soledad? ¿O su nombre se halla emparentada con la miel?

Pizzicato

A Javier le seducía volver una y otra vez a leer “5 narraciones y 2 fábulas” de Juan Benet, libro que el escritor español le había regalado, cuando ambos coincidieron en París. Se habían conocido de casualidad en una tertulia, donde fueron los últimos en abandonarla. Hasta las tres de la madrugada conversaron de literatura y terminaban bebiendo café, junto a las dosis de hachís, en un café regido por un marroquí.

Debatieron sobre los vínculos que hay entre la literatura y la plástica, y aunque diferían de ciertas posturas estéticas, concluían aceptando los argumentos de uno y del otro. En esa oportunidad, Javier le hizo saber a Juan Benet que dudaba de su vocación de pintor y pensaba regresar a Chile. En aquella semana le había escrito a su tía, quien le enviaba recursos para vivir, sin embargo, ella le sugería que volviera al país.

La fábula, incluida en el libro de Juan Benet, donde un comerciante instruye a su criado que vaya a comprarle su destino al mercado, a Javier le producía escalofríos. Cercana a los cuentos de las Mil y una Noches, los cuales leía de continuo, la anécdota parecía ligada a la presencia de Alondra. ¿En cuál de los cuentos de oriente, ella debía ser protagonista?